

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

Benedicto XVI

Discurso

ENCUENTRO CON EL CLERO
DE LA DIÓCESIS DE ROMA 2005

Encuentro con el clero de la Diócesis de Roma 2005

13 de mayo de 2005

Discurso inaugural

Queridos sacerdotes y diáconos, que prestáis vuestro servicio pastoral a la Diócesis de Roma:

Me alegra encontrarme con vosotros al comienzo de mi ministerio de obispo de esta Iglesia, «*que preside en el amor*». Saludo con afecto al cardenal vicario, al que agradezco las amables palabras que me ha dirigido, al vicergerente y a los obispos auxiliares. Os saludo cordialmente a cada uno de vosotros, y deseo expresaros desde este primer encuentro mi gratitud por vuestro trabajo diario en la viña del Señor.

La extraordinaria experiencia de fe que vivimos con ocasión de la muerte de nuestro amadísimo papa Juan Pablo II nos mostró una Iglesia de Roma profundamente unida, llena de vida y de fervor: todo esto es también fruto de vuestra oración y de vuestro apostolado. Así, en la humilde adhesión a Cristo, único Señor, podemos y debemos promover juntos la "ejemplaridad" de la Iglesia de Roma, que es servicio genuino a las Iglesias hermanas presentes en el mundo entero. En efecto, el vínculo indisoluble entre *romanum* y *petrinum* implica y requiere la participación de la Iglesia de Roma en la solicitud universal de su obispo. Pero la responsabilidad de esta participación os incumbe de modo especial a vosotros, queridos sacerdotes y diáconos, unidos a vuestro obispo por el vínculo sacramental y constituidos sus valiosos colaboradores. Por eso, cuento con vosotros, con vuestra oración, con vuestra acogida y vuestra entrega, para que nuestra amada Diócesis corresponda cada vez más generosamente a la vocación que el Señor le ha encomendado. Por mi parte, os digo: a pesar de mis límites, podéis contar con la sinceridad de mi afecto paterno por todos vosotros.

Queridos sacerdotes, la calidad de vuestra vida y de vuestro servicio pastoral parece indicar que, tanto en esta diócesis como en muchas otras del mundo, ya ha pasado el tiempo de la crisis de identidad que afectó a tantos sacerdotes. Pero están aún muy presentes las causas de "desierto espiritual" que afligen a la humanidad de nuestro tiempo y, consiguientemente, minan también a la Iglesia que vive en esta humanidad. ¿Cómo no temer que puedan asechar también la vida de los sacerdotes? Por tanto, es indispensable volver siempre de nuevo a la raíz de nuestro sacerdocio. Como bien sabemos, esta raíz es una sola: Jesucristo nuestro Señor. Él es el enviado del Padre, él es la piedra angular (cf. 1P 2,7). En él, en el misterio de su muerte y resurrección, viene el reino de Dios y se realiza la salvación del género humano. Pero este Jesús no tiene nada que le pertenezca; es totalmente del Padre y para el Padre. Por eso, dice que su doctrina no es suya, sino de aquel que lo envió (cf. Jn 7,16): el Hijo no puede hacer nada por su cuenta (cf. Jn 5,19.30).

Queridos amigos, esta es también la verdadera naturaleza de nuestro sacerdocio. En realidad, todo lo que constituye nuestro ministerio no puede ser producto de nuestra capacidad personal. Esto vale para la administración de los sacramentos, pero vale también para el servicio de la Palabra: no hemos sido enviados a anunciarnos a nosotros mismos o nuestras opiniones personales, sino el misterio de Cristo y, en él, la medida del verdadero humanismo. Nuestra misión no consiste en decir muchas palabras, sino

en hacernos eco y ser portavoces de una sola "Palabra", que es el Verbo de Dios hecho carne por nuestra salvación.

Por tanto, valen también para nosotros las palabras de Jesús: «*Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado*» (Jn 7,16). Queridos sacerdotes de Roma, el Señor nos llama amigos, nos hace amigos suyos, confía en nosotros, nos encomienda su cuerpo en la Eucaristía, nos encomienda su Iglesia. Así pues, debemos ser en verdad sus amigos, tener sus mismos sentimientos, querer lo que él quiere y no querer lo que él no quiere. Jesús mismo nos dice: «*Si me amáis, guardaréis mis mandamientos*» (Jn 15,14). Este debe ser nuestro propósito común: hacer todos juntos su santa voluntad, en la que está nuestra libertad y nuestra alegría.

Al tener su raíz en Cristo, el sacerdocio es, por su misma naturaleza, en la Iglesia y para la Iglesia. En efecto, la fe cristiana no es algo puramente espiritual e interior, y nuestra relación con Cristo no es sólo subjetiva y privada. Al contrario, es una relación totalmente concreta y eclesial. A su vez, el sacerdocio ministerial tiene una relación constitutiva con el cuerpo de Cristo, en su doble e inseparable dimensión de Eucaristía e Iglesia, de cuerpo eucarístico y cuerpo eclesial. Por eso, nuestro ministerio es *amoris officium* (san Agustín, *In Ioannis evangelium tractatus*, 123, 5), es el oficio del buen pastor, que da su vida por las ovejas (cf. Jn 10,14-15).

En el misterio eucarístico, Cristo se entrega siempre de nuevo, y precisamente en la Eucaristía aprendemos el amor de Cristo y, por consiguiente, el amor a la Iglesia. Así pues, repito con vosotros, queridos hermanos en el sacerdocio, las inolvidables palabras de Juan Pablo II: «*La santa misa es, de modo absoluto, el centro de mi vida y de toda mi jornada*» (Discurso con ocasión del trigésimo aniversario del decreto *Presbyterorum ordinis*, 27-10-1995, 4; *L'Osservatore Romano*, edición en español, 3-11-1995, 6). Y cada uno de nosotros puede repetir estas palabras como si fueran suyas: «*La santa misa es, de modo absoluto, el centro de mi vida y de toda mi jornada*».

Del mismo modo, la obediencia a Cristo, que corrige la desobediencia de Adán, se concreta en la obediencia eclesial, que para el sacerdote, en la práctica diaria, es ante todo obediencia a su obispo. Pero en la Iglesia la obediencia no es algo formal; es obediencia a aquel que, a su vez, es obediente y representa a Cristo obediente. Todo esto no anula ni atenúa las exigencias concretas de la obediencia, sino que asegura su profundidad teológica y su dimensión católica: en el obispo obedecemos a Cristo y a la Iglesia, que él representa en este lugar.

Jesucristo fue enviado por el Padre, con la fuerza del Espíritu, para la salvación de toda la familia humana, y los sacerdotes, a través de la gracia del sacramento, participamos en su misión. Como escribe el apóstol san Pablo, «*Dios (...) nos confió el ministerio de la reconciliación. (...) Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ireconciliaos con Dios!*» (2Co 5,18-20). Así describe san Pablo nuestra misión de sacerdotes. Por eso, en la homilía que pronuncié antes del Cónclave, hablé de una «*santa inquietud*» que debe animarnos, la inquietud por llevar a todos el don de la fe, por ofrecer a todos la salvación, la única que permanece eternamente. En una ciudad tan grande como Roma, que, por una parte, está tan impregnada de la fe y, sin embargo, hay tantas personas que no han percibido realmente en su corazón el anuncio de la fe, con mayor razón debemos estar animados por esta inquietud por llevar esta alegría, este centro de la vida, que le da sentido y orientación.

Queridos hermanos sacerdotes de Roma, Cristo resucitado nos llama a ser sus testigos y nos da la fuerza de su Espíritu para serlo verdaderamente. Por consiguiente, es necesario estar con él (cf. Mc 3,14; Hch 1,21-23). Como en la primera descripción del *munus apostolicum*, en el capítulo 3 de san Marcos, se describe lo que el Señor pensaba que debería ser el significado de un apóstol: estar con él y estar disponible para la misión. Las dos cosas van juntas y sólo estando con él estamos también siempre en movimiento con el Evangelio hacia los demás. Por tanto, es esencial estar con él y así sentimos la inquietud y somos capaces de llevar la fuerza y la alegría de la fe a los demás, de dar testimonio con toda nuestra vida y no sólo con las palabras.

Valen para nosotros las palabras del apóstol san Pablo: «*Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio! (...) Efectivamente, siendo libre de todos, me he hecho esclavo de todos para ganar a los más que pueda. (...)*

Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos» (1Co 9,16-22). Estas palabras, que son el autorretrato del apóstol, nos presentan también el retrato de todo sacerdote. Este «*hacerse todo a todos*» se manifiesta en la cercanía diaria, en la atención a toda persona y familia: al respecto, vosotros, sacerdotes de Roma, tenéis una gran tradición —lo digo con profunda convicción—, y la estáis honrando también hoy, que la ciudad se ha extendido tanto y ha cambiado profundamente. Como bien sabéis, es decisivo que la cercanía y la atención a todos se realicen siempre en nombre de Cristo y tiendan constantemente a llevar a él.

Naturalmente, para cada uno de vosotros, de nosotros, esta cercanía y esta entrega tienen un coste personal: significan tiempo, preocupaciones, gasto de energías. Conozco vuestro trabajo diario, y quiero daros las gracias de parte del Señor. Pero también quisiera ayudaros, en la medida de mis posibilidades, a no ceder ante este trabajo. Para poder resistir y, más aún, para crecer, como personas y como sacerdotes, es fundamental ante todo la comunión íntima con Cristo, cuyo alimento era hacer la voluntad del Padre (cf. Jn 4,34): todo lo que hacemos, lo hacemos en comunión con él, y así recobramos siempre de nuevo la unidad de nuestra vida entre tantas dispersiones, favorecidas por las diversas ocupaciones de cada día.

Del Señor Jesucristo, que se sacrificó a sí mismo para hacer la voluntad del Padre, aprendemos además el arte de la ascesis sacerdotal, que también hoy es necesaria: no hay que situarla junto a la acción pastoral, como un fardo añadido que hace aún más pesada nuestra jornada. Al contrario, en la acción misma debemos aprender a superarnos, a dejar y dar nuestra vida.

Pero, para que todo eso se realice realmente en nosotros, para que realmente nuestra acción sea en sí misma nuestra ascesis y nuestra entrega, para que todo eso no se quede sólo en un deseo, necesitamos sin duda momentos para recuperar nuestras energías, también físicas, y, sobre todo, para orar y meditar, volviendo a entrar en nuestra interioridad y encontrando dentro de nosotros al Señor. Por eso, el tiempo para estar en presencia de Dios en la oración es una verdadera prioridad pastoral; no es algo añadido al trabajo pastoral; estar en presencia del Señor es una prioridad pastoral: en definitiva, la más importante. Nos lo mostró del modo más concreto y luminoso Juan Pablo II en todas las circunstancias de su vida y de su ministerio.

Queridos sacerdotes, jamás destacaremos suficientemente cuán fundamental y decisiva es nuestra respuesta personal a la llamada a la santidad. Esta es la condición no sólo para que nuestro apostolado personal sea fecundo, sino también, y más ampliamente, para que el rostro de la Iglesia refleje la luz de Cristo (cf. *Lumen gentium*, 1), induciendo así a los hombres a reconocer y adorar al Señor. Debemos acoger la exhortación del apóstol san Pablo a reconciliarnos con Dios (cf. 2Co 5,20), ante todo en nosotros mismos, pidiendo al Señor, con corazón sincero y con espíritu decidido y valiente, que aleje de nosotros todo lo que nos separa de él y está en contraste con la misión que hemos recibido. Tenemos la seguridad de que el Señor, que es misericordioso, nos lo concederá.

Mi ministerio de obispo de Roma se sitúa en la línea del de mis predecesores, acogiendo en particular la valiosa herencia que ha dejado Juan Pablo II: por este sendero, queridos sacerdotes y diáconos, caminamos juntos con serenidad y confianza. Seguiremos tratando de hacer crecer la comunión dentro de la gran familia de la Iglesia diocesana y colaborando para incrementar la orientación misionera de nuestra pastoral, de acuerdo con las líneas de fondo del Sínodo romano, traducidas con particular eficacia en la experiencia de la Misión ciudadana.

Roma es una diócesis muy grande, y es una diócesis realmente especial, por la solicitud universal que el Señor ha encomendado a su obispo. Por eso, queridos sacerdotes, vuestra relación con el obispo diocesano, que por desgracia soy yo, no puede tener la inmediatez diaria que yo desearía y que es posible en otras situaciones. Pero a través de la obra del cardenal vicario y de los obispos auxiliares, a los que expreso mi profunda gratitud, puedo estar concretamente cerca de cada uno de vosotros, en las alegrías y en las dificultades que acompañan el camino de todo sacerdote.

Sobre todo, deseo aseguraros la cercanía más profunda y decisiva que une al obispo con sus sacerdotes y sus diáconos, en la oración diaria. Y tened la seguridad de que realmente el clero de Roma está particularmente presente en mi oración. Y estamos cercanos en la fe y en el amor a Cristo y en nuestra consagración a María, Madre del único y Sumo Sacerdote. Precisamente de nuestra unión con

Cristo y con la Virgen se alimentan la serenidad y la confianza que todos necesitamos, tanto para el trabajo apostólico como para nuestra existencia personal.

Queridos sacerdotes y diáconos, estas son algunas consideraciones que deseaba proponer a vuestra atención. Ahora, antes de daros la palabra a vosotros, para vuestras preguntas y reflexiones, quiero anunciar también una noticia muy alegre. Tenemos una comunicación que ha llegado hoy. La escribe el cardenal Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para las causas de los santos, juntamente con su excelencia Nowak, secretario de la misma Congregación.

«A petición del eminentísimo y reverendísimo señor cardenal Camillo Ruini, vicario general de Su Santidad para la Diócesis de Roma, el Sumo Pontífice Benedicto XVI, teniendo en cuenta las peculiares circunstancias expuestas, en la audiencia concedida al mismo cardenal vicario general el día 28-4-2005, ha dispensado del tiempo de cinco años de espera después de la muerte del siervo de Dios Juan Pablo II (Karol Wojtyła), Sumo Pontífice, de modo que la causa de beatificación y canonización del mismo siervo de Dios pueda comenzar enseguida.

No obstante cualquier cosa en contrario.

Dado en Roma, en la sede de esta Congregación para las causas de los santos, el día 9 del mes de mayo del año del Señor 2005. (Fdo.: cardenal José Saraiva Martins, Prefecto. Edward Nowak, Arzobispo titular de Luni, Secretario)».

Discurso improvisado tras las intervenciones

Al final, sólo puedo dar las gracias por la riqueza y la profundidad de estas aportaciones, en las que se refleja un presbiterio lleno de entusiasmo, de amor a Cristo y de amor a la grey que nos ha sido encomendada, de amor a los pobres. Y no sólo de la ciudad de Roma, sino realmente de la Iglesia universal, de todos nuestros hermanos. Gracias también por el afecto que me habéis expresado, que para mí constituye una gran ayuda.

No quiero ahora entrar en detalles de lo que se ha dicho. Sería útil continuar una verdadera discusión, y espero que se presenten oportunidades de entablar una discusión concreta, con preguntas y respuestas. En este momento expreso simplemente mi gratitud por todo. Conozco realmente vuestro compromiso pastoral; sé que queréis construir la Iglesia de Cristo aquí en Roma; sé que buscáis también la manera de trabajar mejor, y que todo brota de un gran amor al Señor y a la Iglesia.

Quisiera sólo aludir a tres o cuatro puntos que he retenido en la memoria. Habéis hablado de unión entre romanidad y universalidad. Me parece un punto muy importante. Por una parte, esta es una verdadera Iglesia local, que debe vivir como tal. Hay personas que sufren, que viven, que quieren creer o no logran creer. Aquí debe crecer en las parroquias la Iglesia de Roma con su gran responsabilidad por el mundo, porque, en cierto modo, lleva en sí el mandato de "ejemplaridad", a fin de que en la Iglesia de Roma se refleje el rostro de la Iglesia como tal y sea un modelo para las demás Iglesias locales. Para poder ser modelo, nosotros mismos debemos ser una Iglesia local que se comprometa todos los días en el trabajo humilde que exige el ser Iglesia en un lugar determinado y en un tiempo determinado.

Habéis hablado de la parroquia como estructura fundamental, ayudada y enriquecida por los movimientos. Y me parece que precisamente durante el pontificado del papa Juan Pablo II se creó una fecunda unión entre el elemento constante de la estructura parroquial y el elemento —digamos— "carismático", que ofrece nuevas iniciativas, nuevas inspiraciones, nuevas animaciones. Bajo la sabia guía del cardenal vicario y de los obispos auxiliares, todos los párrocos pueden juntos ser realmente responsables del crecimiento de la parroquia, asumiendo todos los elementos que pueden venir de los movimientos y de la realidad viva de la Iglesia en diversas dimensiones.

Pero quería hablar también de esta relación entre romanidad y universalidad. Uno de nuestros hermanos ha hablado de nuestra responsabilidad con respecto a África. Hemos visto cómo en Roma está presente África, está presente la India, está presente el mundo entero. Y esta presencia de nuestros hermanos no sólo nos obliga a pensar en nosotros, sino también a sentir, precisamente en este momento

histórico, en todas estas circunstancias que conocemos, la presencia de los demás continentes. Me parece que en este momento tenemos una responsabilidad particular con respecto a África, a América Latina y Asia, donde el cristianismo —con excepción de Filipinas— se encuentra aún en gran minoría, aunque crece con fuerza en la India y se presenta como una fuerza del futuro.

Así pues, pensemos también precisamente en esta responsabilidad. África es un continente de grandísimas potencialidades, de grandísima generosidad por parte de la gente, con una fe viva que impresiona. Pero debemos confesar que Europa no sólo ha exportado la fe en Cristo, sino también todos los vicios del viejo continente. Ha exportado el sentido de la corrupción, ha exportado la violencia, que ahora está devastando África. Y debemos reconocer nuestra responsabilidad de hacer que la exportación de la fe, que responde a la espera íntima de todo ser humano, sea más fuerte que la exportación de los vicios de Europa. Me parece que esta es una gran responsabilidad.

Aún se realiza comercio de armas. Se explotan los tesoros de esa tierra. Por eso los cristianos debemos hacer todo lo posible para que llegue la fe y con la fe la fuerza para resistir a esos vicios y reconstruir un África cristiana, que sea un África feliz, un gran continente del nuevo humanismo.

Se ha hablado asimismo de que, por una parte, existe la necesidad de anunciar, hablar, pero también de escuchar. Y me parece que esto es importante, en dos sentidos. Por una parte, el sacerdote, el diácono, el catequista, el religioso, la religiosa, deben anunciar, ser testigos. Pero, precisamente por esto deben escuchar, en dos sentidos: por una parte, con el alma abierta a Cristo, escuchando interiormente su palabra, a fin de asimilarla de modo que transforme y forme mi ser; y, por otra, escuchando a la humanidad de hoy, al prójimo, al hombre de mi parroquia, al hombre con respecto al cual yo tengo cierta responsabilidad. Naturalmente, al escuchar al mundo de hoy, que existe también en nosotros, escuchamos todos los problemas, todas las dificultades que se oponen a la fe. Y debemos ser capaces de tomar en serio esos problemas.

San Pedro, primer obispo de Roma, en su primera carta dice que los cristianos debemos estar dispuestos a dar razón de nuestra fe. Esto supone que nosotros mismos hemos comprendido la razón de la fe, hemos "digerido" en realidad, también racionalmente, con el corazón, con la sabiduría del corazón, esta palabra, que puede realmente ser una respuesta para los demás.

En la primera carta de san Pedro, en el texto griego, con un hermoso juego de palabras, se dice: «*apología*», respuesta del *logos*, de la razón de nuestra fe. Es decir, el *logos*, la razón de la fe, la palabra de la fe debe transformarse en respuesta de la fe. Y sabemos bien que para la gente de hoy el lenguaje de la fe a menudo resulta lejano; sólo puede resultar cercano si en nosotros se transforma en lenguaje de nuestro tiempo. Nosotros somos contemporáneos, vivimos en este tiempo, con estos pensamientos, con estos afectos. Si está transformado en nosotros, puede encontrar respuesta.

Naturalmente, reconozco —lo sabemos todos— que muchos no son inmediatamente capaces de identificarse, de comprender, de asimilar toda la doctrina de la Iglesia. Me parece importante primero despertar esta intención de creer con la Iglesia, aunque personalmente alguno pueda no haber asimilado aún muchos detalles. Es necesario tener esta voluntad de creer con la Iglesia, confiar en que esta Iglesia —la comunidad no sólo de dos mil años de peregrinación del pueblo de Dios, sino también la comunidad que abraza el cielo y la tierra, la comunidad en la que están presentes asimismo todos los justos de todos los tiempos—, animada por el Espíritu Santo, está realmente guiada por el Espíritu, y, por tanto, es el verdadero sujeto de la fe. Y cada persona se inserta en este sujeto, se adhiere a él y, por consiguiente, aunque no esté totalmente penetrada por él, confía y participa en la fe de la Iglesia, quiere creer con la Iglesia.

Me parece que esta es la peregrinación permanente de nuestra vida: llegar con nuestro pensamiento, con nuestro afecto, con toda nuestra vida, a la comunión de la fe. Esto lo podemos ofrecer a todos, para que poco a poco se identifiquen y sobre todo para que den siempre de nuevo este paso fundamental: confiar en la fe de la Iglesia, insertarse en esta peregrinación de la fe, de forma que puedan recibir la luz de la fe.

Por último, quisiera agradecer una vez más la contribución que se ha dado aquí con respecto al cristocentrismo, a la necesidad de que nuestra fe esté siempre alimentada por el encuentro personal con Cristo, por una amistad personal con Jesús. Romano Guardini dijo con razón, hace setenta años,

que la esencia del cristianismo no es una idea, sino una Persona. Grandes teólogos habían intentado describir las ideas esenciales constitutivas del cristianismo. Pero el cristianismo que habían delineado, al final resultaba algo poco convincente. Porque el cristianismo es, en primer lugar, un Acontecimiento, una Persona. Y en la Persona encontramos luego la riqueza de los contenidos.

Esto es importante.

Me parece que aquí hallamos también una respuesta a una dificultad que se escucha a menudo hoy sobre la dimensión misionera de la Iglesia. Muchos señalan la tentación de pensar con respecto a los demás de esta manera: *«Pero, ¿por qué no los dejamos en paz? Tienen su autenticidad, su verdad. Nosotros tenemos la nuestra. Por tanto, convivamos pacíficamente, dejando a cada uno como es, para que busque del mejor modo posible su autenticidad»*.

Pero, ¿cómo podemos encontrar nuestra autenticidad si realmente en lo más profundo de nuestro corazón existe la expectativa de Jesús, y la verdadera autenticidad de cada uno se encuentra precisamente en la comunión con Cristo, y no sin Cristo? Dicho de otra manera: si nosotros hemos encontrado al Señor y si él es la luz y la alegría de nuestra vida, ¿estamos seguros de que a quien no ha encontrado a Cristo no le falta algo esencial y de que no tenemos el deber de ofrecerle esa realidad esencial?

Luego, dejemos al Espíritu Santo y a la libertad de cada uno lo que suceda. Pero, si estamos convencidos y tenemos la experiencia de que sin Cristo la vida es incompleta, de que falta algo, la realidad fundamental, también debemos estar convencidos de que no cometemos ninguna injusticia contra nadie si le mostramos a Cristo y le ofrecemos la posibilidad de encontrar así también su verdadera autenticidad, la alegría de haber hallado la vida.

Al final, quisiera dar las gracias a todos los miembros del presbiterio y de la comunidad eclesial de Roma, a los párrocos, a los vicopárrocos, a todos los colaboradores en las diversas funciones, a los diáconos, a los catequistas, sobre todo a los religiosos y a las religiosas, que son como el corazón también de la vida eclesial de una diócesis. Gracias por el testimonio que nos han dado.

Sigamos adelante todos juntos, animados por el amor a Cristo. Y así iremos bien.